

intereses comunes á nuestra Colonia, sin hacer aprecio de las puérrilidades que suelen ocasionar el desconcerto en las relaciones.

Contaminados aquí todos, de cierto espíritu de exclusivismo, cuya razón no hemos podido encontrar apesar de haberlo procurado con insistencia, y acostumbrados á la falta de expansion en las relaciones, ha causado asombro, hasta el extremo de parecer á algunos un disparate, la creación de un periódico más, dedicado á la Colonia Española. ¿Por qué este asombro? ¿Por qué esta extrañeza? ¿No vemos todos los días que al lado de un establecimiento acreditado se abre otro con los mismos géneros, el cual consigue hacerse de tanto crédito como su vecino, dando buenas y baratas mercancías? ¿No se escriben todos los días libros en que se trata de idénticas materias por diferentes autores? ¿Acaso porque haya muchos periódicos españoles no puede haber uno más, que comparta con aquellos el trabajo de la noble misión que se impusieron? En último caso sucederá lo que siempre sucede; que las simpatías resolverán la cuestión, ya que no prevalezca el que desenvuelva mejor sus teorías ó llene sus columnas de sana doctrina y de útiles enseñanzas.

Es cierto que existen varios periódicos consagrados á la defensa de los intereses españoles en México; ¿pero acaso no sabemos todos como cumplen cada uno su misión? ¿puede decirse que haya alguno independiente? Una cosa es llamarse periódico ó periodista y otra cosa es serlo; una cosa es llamarse español y otra cosa es sentir y ser como deben ser y sentir y como realmente son los españoles; y una cosa es decirse defensor de sus intereses morales y materiales y otra cosa es defenderlos en realidad.

Es cierto que si los periódicos que se decían órganos de la Colonia, no hubieran sacado á plaza las pequeñas diferencias que pudieron existir entre algunas individualidades, ni aquellas hubieran tomado las proporciones de una disidencia, ni éstas hubieran hecho cuestión de amor propio, lo que no fué sino distinto modo de apreciar las cosas.

Ya hemos dicho al dirigir á la prensa nuestro saludo, lo que Los Dos Mundos se proponen con respecto á la política en general, y cual ha de ser su norma de conducta; réstanos ahora fijar la que habremos de seguir en nuestra calidad de españoles y como interesados en todo aquello que se relacione con nuestros compatriotas.

En Los Dos Mundos tendrán un verdadero defensor los intereses ya individuales, ya colectivos de la Colonia; pero no se habrá de prestar para nada, que pueda herir la susceptibilidad ni el amor propio de nadie; será el conductor de toda aspiración levantada y noble, pero no el medio de polémica entre personas que deben respetarse y de cuyo prestigio todos somos solidarios una vez que todos somos españoles.

Entendemos que aquí no somos andaluces ni gallegos; republicanos

ó monárquicos, ni cristianos ni moros; que debemos desechár por absurda é inconveniente toda idea, de provincialismo; que nuestras opiniones políticas de allá, en nada deben preocuparnos aquí; y que las creencias de todos deben ser por todos respetadas. Estas diferencias que aunque perjudiciales siempre, estarían bien en la vieja España, vienen á constituir aquí un enorme delito de lesa patriotismo; no tanto porque nos dividen y enervan, cuanto porque merman la influencia que debieramos ejercer como la más rica y más numerosa de las colonias extranjeras; todos nuestros sentimientos en este sentido deben refundirse en uno solo; en el patriotismo. El desprestigio del español más humilde en México, es el desprestigio de toda la colonia y ocasiona la vergüenza de la madre patria: todos estamos pues interesados en el prestigio de todos, y todos debemos conspirar al mayor esplendor de nuestra noble raza.

No queremos entrar ahora en detalles acerca de las causas que mantienen cierto estado de tirantez entre algunos miembros respetables de la colonia; pero animados como estamos á trabajar porque tal estado de cosas desaparezca y porque entre los españoles no haya más que una sola aspiración; con la conciencia de que todos desean una reconciliación sincera y franca que ponga término á lo que viene llamándose disidencia, señalaremos los males en términos generales, como indicaremos la manera más digna de conjurarlos.

Tal es nuestro programa en este punto. Respecto á las cuestiones ó polémicas que puedan suscitarse, las sostendremos con la delicadeza y mesura que corresponde á nuestra seriedad; pero rehuiremos toda participación en asuntos personales á menos que se trate del buen nombre de un español sea quien fuere, en cuyo caso nos tendrá á su lado para defenderlo, en la inteligencia siempre, de que al hacerlo así, defendémos el buen nombre de la Colonia.

Difícil es la tarea que nos imponemos; grandes sacrificios habremos de hacer para cumplir con nuestra misión conciliadora de que pensamos ser incansables apóstoles; pero si tenemos la fortuna de ser oídos y que por nuestra mediación ó por nuestro consejo, llegase á realizarse lo que todos desean, ni nuestra satisfacción tendría límites, ni nunca creeríamos haber hecho bastante para merecer tal honor.

Reciba pues la Colonia Española en México, el sincero saludo que al aparecer en el estadio de la prensa Los Dos Mundos le dirige cariñosamente

LA REDACCION.

Construcciones Navales.

La Gaceta de Madrid del 30 de Diciembre de 1887 publicó, como saben nuestros lectores, las bases bajo las cuales se sacó á concurso la construcción de tres cruceros de faja blindada, segun el real decreto de

28 de Diciembre del mismo año.

Todos recuerdan con gusto, y muchos con gran sorpresa lo vieron, que la industria privada dió muestras de una vitalidad y pujanza extraordinarias, manifestándose por el número y calidad de las proposiciones presentadas.

Eran aquellas nueve, si no nos es infiel la memoria; y estimamos que hoy, que se acerca el momento de la adjudicación, despues del mas detenido y concienzudo estudio de todas las propuestas, hecho por los centros que tal destino tienen en el organismo de nuestro ministerio de Marina, importa conocer entre todas las bases la primera, que es la que fija en cuatro renglones la índole y esencia á que obedeció el citado concurso.

Dice así la primera base en su primer párrafo:

Podrán tomar parte en este concurso todos los constructores, nacionales ó extranjeros, que se comprometan á construir en España los buques á que el anterior real decreto se refiere, lo mismo que sus máquinas y artillería.

Dedúcese de la lectura, pues, que los constructores deben comprometerse á construir en España tanto los cascos como las máquinas y como la artillería; de manera, que el compromiso de construir en España es como la esencia del concurso, el sine qua non.

Allá, cuando en Mayo del año pasado vinieron los obreros vizcaínos y catalanes en comision, demandando trabajo para los talleres nacionales en cuanto se refiere á las construcciones navales, llegó también á Madrid una representación de la Cámara de Comercio de Bilbao y fábricas del Nervion, á la que tuvimos el gusto de oír la índole y faz de las gestiones que venian practicando para la consecucion del fin propuesto, y en cuyas gestiones los senadores y diputados de ambas regiones trabajaron con entusiasmo, acompañando á las comisiones Aranzuez, donde se hallaba la corte, y con ella, el entonces y hoy ministro de Marina Sr. D. Rafael Rodríguez Arias.

Era en Mayo de 1887 una hermosa ilusión, un sueño, casi un imposible, la apertura de un concurso para construir en talleres y astilleros particulares de España cruceros de 7.000 toneladas, y en la demanda de aquellos ingenieros y representantes de la Cámara de Bilbao habia gran espíritu de atrevimiento para ciertos individuos, que continuamente oían la imposibilidad, casi de acceder á sus deseos por falta de garantías, no garantías metálicas, que éstas, tratándose de Bilbao, hubieran sido impertinentes, sino garantías técnicas, garantías de hombres prácticos en la construcción naval, garantías de ingenieros con nombres respetables y probados, que dejasen tranquilo al Gobierno respecto á las condiciones marineras y militares de los cruceros que se habian de construir. En una palabra, se le contestaba que no habiendo anteriormente construido tales barcos de

guerra, seria imprudencia manifiesta confiar la ejecución de los buques á la industria privada.

Por esto, varias de las casas proponentes, con indiscutible acierto en opinión nuestra, han unido sus medios de acción al renombre adquirido en el extranjero por particular ó sociedades dedicadas á este género de construcciones, y no puede tacharse entonces á los españoles de que les falta la garantía técnica, puesto que nada nuevo se va á ejecutar en España, sino, por el contrario, continuar con aquellos perfeccionamientos, adquiridos en su larga práctica, en la lista de construcciones ultimadas en el extranjero.

Y véase aquí por qué modo tan hábil se ha logrado dar satisfacción al espíritu de prevision que exigian ingenieros expertos, ingenieros familiarizados con esta clase de construcciones, y para los que la práctica no tiene nada reservado, puesto que les ha hecho conocer esos mil secretos que en los libros no se enseñan.

Por lo demás, creemos que el Gobierno llevará adelante la prescripción de que el número de operarios extranjeros no exceda de la cuarta parte.

Hemos copiado lo anterior de uno de los periódicos de Madrid, correspondiente al 29 de Junio, para que nuestros lectores esten al corriente de todos los detalles relativos á la formación de la nueva escuadra española.

LA VIDA EN LO INFINITO.

I.

Cuando en otro tiempo os contemplaba yo, silencioso y pensativo, en el seno de la profunda calma de la noche, ¡oh dulces y apacibles estrellas del techado cerúleo! os admiraba en vuestra celeste belleza y elevaba hacia vosotras mis plegarias como el incienso de un fuego secreto encendido en mi alma por vuestras divinas miradas. Se me figuraba que me veíais, á pesar de la distancia, y que en extraño suave vínculo de simpatía unia mi corazón al vuestro; pues vosotras vivíais para mí, vivíais en mi mente, vivíais en el éter fascinado de vuestra luz, palpitábais en vuestro centelleo como espíritus inflamados que reinan en la cima del universal esplendor.

Hoy ya no os contemplo con igual mirada. Cuando mis ojos te reconocen muellemente reclinada entre los vapores purpúreos del crepúsculo, ¡oh blanca estrella de la tarde! ya no veo en tí un fuego que brilla de lejos en la noche como un faro celeste, sino que veo tu verdadera forma planetaria, tu esfera geográfica sembrada de continentes y de mares, tu volumen igual al de la Tierra, tu alta y densa atmósfera, tus nubes y tus lluvias, tus montañas y tus llanuras, tus playas bañadas por las olas marítimas, tus pintorescos paisajes orlados de gigantescas cordilleras, tus campiñas invadidas por el movimiento y por la vida, y tu humanidad, bajo un clima más variado y un sol más ardiente.

¡Oh! cuán diferentes sentimientos se elevan hoy en mi alma, cuando en el si-

lencio de la noche pienso que tal mundo se halla suspendido sobre nuestras cabezas! Y cuando, no lejos de tí, las cambiantes perspectivas del cielo traen también frente á mis atentas miradas ese otro globo, vecino nuestro y compañero en los destinos, Marte, con sus rayos amarillos, ante los cuales acrece aún más tu blancura, tampoco es ya un fuego rojo encendido á orillas del oceano celeste lo que saluda en su llama, sino un mundo que va inclinando en el espacio sus polos cargados de nieve, girando sobre su eje y creándose la sucesión de los días y de las noches, de las estaciones y de los años, ofreciendo de lejos á mi vista extasiada los rientes paisajes de sus golfos senatoriales y de sus riberas mediterráneas, los árboles dorados de sus selvas, las flores de sus prados, las nieves de sus fértiles campiñas y las ciudades populosas asentadas en las márgenes de sus grandes rios.

Ya no es una pálida antorcha en manos del destino, encendida para guiar nuestros destinos fatales, lo que veo en tu claridad serena, cuando apareces tú, ¡oh Saturno, tan temido por nuestros abuelos! ni tampoco es una maravilla de arquitectura celeste lo que admiro en tí, como lo hacían nuestros padres; sino un mundo, ¡qué digo un mundo! un universo, inmenso, espléndido, deslumbrador, una creación inefable, ante la cual la de la Tierra se borra, se desvanece como un sueño, un universo en fin, tan magnífico y tan extraño, tan bello y tan rico, tan grande y tan majestuoso, que para concebirlo seria preciso que nuestra alma, burlando de nuestro cerebro, libre á encamarse en un cerebro gigante capaz de soportar el peso de tan y tan pesados conceptos, y de tan sin par contemplación. Y así como están ahí con sus habitantes suspendidos sobre nuestros cabezas

Estrellas, seres de la eternidad, sin edad y sin muerte, ¡oh seres de ellas se apagan, otras diez mil millones se encienden; su luz es inextinguible, sus rayos han brillado y siempre brillarán en el infinito. Los millones añuados á otros millones, se agotan al quererlos numerar. Son los focos alrededor de los cuales se hallan reunidas innumerables familias humanas, como las familias de nuestro sistema solar que viven juntas y sin conocerse entre los rayos de nuestro pequeño sol.

Los mundos habitados que gravitan en torno de todos esos soles, soles dobles, soles múltiples, soles coloreados con todos los matices del espectro luminoso, soles variables, soles de todos tamaños, de todo poderio; esos mundos, decimos, no son millones los que han de alinearse para enumerarlos, sino millares de millones, puesto que ese número excede aun al de las estrellas, y sus centros, que son ya innumerables, como el de los hijos excede al de los padres.

El infinito entero está poblado de tierras animadas que se suceden por millares de millones en todas las direcciones del espacio hasta los límites siempre fugaces y eternamente inaccesibles del vacío incommensurable.

¿Cuáles son las fuerzas que operan en la superficie de todas esas tierras celestes? ¿Cuáles los seres que allí viven en todas las condiciones imaginables ó inimaginables de habitabilidad? ¿Qué almas pien-

Con la agilidad de un mono, de los cuales á decir verdad parecia muy próximo pariente, se le veía saltar de rama en rama y ascender rápidamente á las superiores del mangle en que se hallaba; tan luego llegó á las últimas, dirigió á su alrededor una profunda é investigadora mirada; no desprovista de cierta inquietud, que desapareció completamente cuando en su exámen no encontró, al parecer, motivo alguno de zozobra.

Entonces dejó errar sus miradas desde el sol á la nubes y desde éstas á las elevadas cumbres del Pan de Matanzas y las Tetras de Camarioco, que miden 1,350 piés de altura sobre el nivel del mar las primeras y 1,200 la segundas, estando situadas aquellas á 3 leguas al O. de Matanzas y como á 5 de la costa.

El africano, contemplaba desde su elevado observatorio el magnífico panorama que se desplegaba á su vista, y sus facciones expresaban una alegría y una satisfacción inefabiles.

Las ventanillas de su aplastada nariz se dilataban para aspirar con fuerza la suave brisa de la mañana, que impregnada de los cien perfumes que despiden la multitud de flores que alfombran aquellos países tropicales, agitaba lentamente las ramas y las hojas de los árboles, plantas y arbustos, que con asombrosa vegetación poblaban en inculto desorden aquel sitio selvático y agreste como pocos.

El sol entre tanto, se elevaba en el horizonte con magestuosa lentitud; de vez en cuando algunas nubecillas blancas y transparentes modificaban la luz de sus ardientes rayos interponiéndose entre él y la tierra.

Entonces el africano sacudia su lanuda y monstruosa cabeza para despedir ó repeler el fuego abrasador que reconcentraban los fulgores del astro matinal en sus tupidas pasas, que este nombre se da generalmente á la especie de vellones que forma el pelo en algunas razas negras.

El pecho del africano se levantaba en cada respiración á impulsos del viento vivificante y refrescante que reinaba; ésta iba aumentando en intensidad cuanto más ascendía el sol en su carrera.

El bienestar, la más viva satisfacción, pintábase en el rostro de aquel hijo de la naturaleza. De repente entonó con sonoros acentos el siguiente cantar, popularísimo en la isla de Cuba.

Voy á amolar mi machete y á ponerle mola al curo, porque el lance es duro y fiero y mi honor se compromete.

Voy á cortar un toleta en el monte, de jocuma, que si no entiendo de pluma porque campesino yo soy, los machetazos que doy ningún cuentista los suma.

Y como si este desahogo de su instinto musical le hubiese abierto el apetito, se apresuró á coger un crecido número de flores de que estaba cargado el mangle; tienen éstas á su extremo una baya, parecida por fuera á la de la acacia, que contiene en su interior una pulpa semejante á la médula de los huesos, que aunque de sabor un tanto amargo puede alimentar al hombre en caso de necesidad. Aquel ser extraño, comió con avidez del mencionado fruto. Tal vez más sencillos manjares no hubiesen tenido para él tanto atractivo.

II

APARTICIONES INESPERADAS.—ESCENA DE MUERTE.—JOROBETA DEL CIMARRON.

El sol avanzaba lentamente hacia el cenit, y nuestro etiope, concluyendo su frugal desayuno, permanecía montado á horcajadas sobre una robusta rama del mangle, presa de una especie de somnolencia en que sin duda le sumían los vapores caliginosos que levantaba de la tierra el sol de la mañana.

De repente el africano se estremeció. Como una serpiente, contrajo todos sus miembros y se replegó en sí mismo.

Con una agilidad extraordinaria descendió de la rama en que se hallaba, y se encerró en medio de lo más espeso del follaje.

Desde allí, y con la lentitud y cautela propias de un reptil, abrió un pequeño

espacio entre las hojas, y por aquel hueco pasó á mirar con extraña fijeza y posesión de cierta inquietud, hacia un punto determinado del bosque, no muy distante del lugar en que él se hallaba.

—¡Oh!... ¡oh! murmuró imperceptiblemente así que hubieron trascorrido algunos instantes.—Es un hombre blanco... ¡barco... ¡Vendí á cajé al nego? Cuida, pobó neguito... ¡jeuida! ¡jeuida!

Como á quinientos pasos del lugar en que se hallaba oculto el negro, y entre la impenetrable hojarasca de un matorral, se veía un hombre armado con una escopeta de dos cañones y provisto de morral, cuerno y demás avíos de caza; pero aunque tales fuesen sus arreos, no se ocupaba de cazar en aquel momento, á lo que parecia.

Con gran cautela, tomando infinitas precauciones, deslizábase, paso á paso, sobre el terreno pantanoso que pisaba. Lentamente separaba las hojas y las ramas que interceptaban su camino para que su marcha no produjese rumor alguno.

No andaba, se arrastraba como un reptil.

De vez en cuando deteníase un momento y miraba á su alrededor con ansia...

Entonces titubeaba, y vacilante, parecia como que dos pensamientos opuestos entro sí batallaban en su cerebro, disputándose mutuamente la preferencia.

Luego tornaba á emprender de nuevo

su marcha rastrera, valiéndose para ello de multitud de precauciones, cual si temiera ser descubierto.

El jorobado permanecía entre tanto silencioso y acurrucado en su puesto. Su sobresalto creció de todo punto al observar que el blanco desconocido dejando la línea diagonal que seguía respecto al punto en que él se halla, tomaba la recta dirigiéndose al mangle en que estaba oculto; así os, que encogióse aun mas y hasta contruyó la respiración, permaneciendo inmóvil para no ser percibido.

Ápenas el desconocido llegó al pié del árbol se detuvo jadeante, y lanzó en torno suyo una mirada investigadora y recelosa. Era un hombre de elevada estatura y distinguido porte. Sus facciones sumamente pronunciadas y de rasgos duros denotaban un carácter tenaz; pero esta condición parecia velada constantemente por una impenetrable glacial, que daba á su fisonomía un aspecto marmóreo.

Por algunos momentos pareció indeciso... Al fin se detuvo en aquel paraje como si hubiese adoptado una firme resolución.

Ocultóse entre la espesa maleza que al pié del mangle se elevaba; hincó una rodilla en tierra; empujó con la mano izquierda el cañón de la escopeta, y con la otra abarcó la garganta de la misma, como en acción de estar prevenido para celársela á la cara y disparar.